

forma mas con las figuras ó letras hieroglíficas del epitafio que no la que yo hube de Cáceres, y con esta diversidad, y con haberla enviado el Sr. Inquisidor sin hacer mención de las figuras, me confirmo mas en mi sospecha, de la cual pretendo salir pronto, mediante Dios. La epístola de Vespasiano, y el letrado del término angustial embio, y si antes de la partida de v. m. nos viéremos, yo llevaré algunas otras cosas. De la ida del Sr. Antonio de Molina á Osma no tengo embidia.... Ledesma 7 de abril de 1534.—Servidor de v. m.—Gaspar de Castro.—Al muy noble señor mi señor el Br. Juan Alonso Franco en Salamanca.»

Hasta aquí la memoria referida, á que nada tengo que añadir, y que juzgo preciosa para los aficionados á jeroglíficos y á las antigüedades.

F. L. G.

SANTA GADEA DE BUREBA,

antes Término.

Esta villa pertenece á la provincia de Burgos, partido de Miranda de Ebro; se halla situada en la márgen meridional del mismo río, al Oriente de la ciudad de Frias, Sudeste de la villa de Puentelarrá, Poniente de la de Miranda, y Sur de Pancorbo.

Con el nombre de Término fué plaza de armas en los siglos medios, y sus gobernadores confirmaban los diplomas, espresando el gobierno y señorío honorario que ejercían.

D. Lope Díaz de Haro, el quinto, señor de Vizcaya y de Santa Gadea, dió á esta villa el fuero de Logroño, que, como es sabido, era de los mas privilegiados.

Por escritura de la declaracion y confirmacion de los de Nave de Albura y de repoblacion é inforacion de Miranda de Ebro en 1099, consta que Santa Gadea era pueblo capital de aquel territorio antes que se repoblase la citada villa de Miranda.

Vulgarmente se designa y conoce á la de que tratamos por Santa Gadea del Cid, y no ha dejado de suponerse que la repobló así bien aquel caudillo, honra y prez de la España y admiracion de todas las naciones; pero este es un error crasísimo en demasia, porque la Santa Gadea de que nos hablan el Arzobispo D. Rodrigo en su historia, y en la general que mandó recopilar el rey D. Alonso el X, es una parroquia de Burgos, donde el Cid se atrevió á tomar juramento, no en el cerrojo de su puerta, como refieren algunos, sino en el altar mayor, poniendo las manos sobre los Evangelios, á D. Alonso el VI, de que no habia sido causa de la muerte del rey D. Sancho, ni de que por su mandado se ejecutó la traicion de Bellido Dolfos.

Los fuertes muros de Santa Gadea ya casi han desaparecido, y lo único que existe en pie, pero sin techumbre y lleno de portillos y de ruinas, es su renombrado Castillo, el cual, con otras posesiones, incluso el derecho de cobrar un portazgo, acaba de vender por menos de mil duros su dueño, que es uno de nuestros grandes de primera clase.

¡En qué poca estima suelen tener algunos magnates las cosas que mas deleitaban y enorgullecian á sus ilustres ascendientes!

Dentro de poco el pico y la pólvora robarán al tiempo el triste privilegio de acabar con la fortaleza de Santa Gadea, y entonces las labradas piedras de la misma irán á formar parte de algunas malas casas y corrales de ganado, como está sucediendo con los sillares de las murallas.

Por las afueras de la villa pasa la carretera de Burgos á Bilbao, y no hay la menor duda de que adquirirá grandísima importancia Santa Gadea, el anhelado día en que se lleve á efecto la construccion del ferro-carril del Norte.

REMIGIO SALOMON.

MARTIN DE ABANDA.

NOVELA ORIGINAL,

POR PABLO GAMBARA.

(Aprobada por el censor.)

(Continuacion.)

Cristina entró con su doncella. Se sentia indispuesta, y se queria acostar.

La doncella la ayudó á desnudarse, manteniendo una conversacion indiferente sobre trajes y modas, que por último llevó á los personajes del baile, y dijo á su señora:

—El que estaba muy galán era D. Santiaguito.

—¿Quién? ¿Esa caricatura que nos fastidia, haciéndonos oír sus versos?

—Que son muy lindos.

—No entiendo de eso; pero mas me agrada bailar que oírle, y me obliga á oírle en vez de dejarme bailar.

—¿Y no ha comprendido V. á quién los dirige?

—No.

—Pues no hay una dama que no lo diga; y cuando los lee todas con envidia señalan á Vd.

—¿A mí! ¡bueno estaria! Quisiera que fuera verdad, para reír un rato á su costa.

—Pues es verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ha dado una carta para V.

—¿Y la has tomado?

—Héla aquí. ¿No quiere V. leerla?

—No...

—¿Ni por diversion?

—No me vuelvas á hablar de eso. Quiero olvidarlo, para poder seguir apreciándote en algo.

La doncella no insistió mas, y concluida su tarea salió de la habitacion.

Cristina acabó de desnudarse, y se acostó, tomando en el lecho una postura voluptuosa que realizaba sus gracias; hasta en sueños era coqueta.

Martin devoraba sus encantos, palpitando de amor y de deseo. Aquella mujer era el simbolo de la felicidad para él. En todas partes se le presentaba bella, voluptuosa, provocativa, pero nunca suya, y estaba condenado al deseo eterno é interminable agitacion de Tántalo delante del agua y las manzanas.

No faltará algun lector escrupuloso, algun hipócrita de amor, cuya práctica sea el reverso de su teoría, ó algun alma cándida que solo conozca el mundo por las novelas, que al llegar aquí pregunté con dolor: ¿Y Margarita? Como no faltará alguna hermosa lectora, que tome pié de mi narracion-para culpar á todos los hombres, simbolizados para ella en Martin, de falsos é inconstantes. Yo siento todo el peso de estas censuras, y me arrepiento de todo corazón de haber tomado por protagonista de mi drama á un personaje tan poco parecido á los Werter y á los Saint Preux; pero yo no invento; retrato; y puesto que no he formado el corazón humano, no debe de culpársena por sus imperfecciones. Mi héroe es hombre, obra como hombre, y yo me lavo las manos como Pilatos.

Pero esto no obsta para que haga una observacion á mis lectores. El amor es la encarnacion del deseo genérico en una persona á quien se profesa amistad; de consiguiente, así como se pueden tener varios amigos íntimos, por cada uno de los cuales se daría la vida, se pueden tener varios amores á la vez ó sucesivamente. Sobre todo, se puede tener un solo amor verdadero y varias pasiones distintas, que no son sino accesos del sentimiento físico, exacerbaciones de los sentidos, que ellos adornan con la aureola de su poesía.

Martin amaba á Margarita, pero estaba apasionado de Cristina, y muchas de mis lectoras si recorren la historia de su corazón recordarán sucesos de su vida, que las harán comprensible este estado del corazón de mi héroe. Amando á un hombre le faltan por otro que les hace delirar durante un día con su amor, que pasa como un relámpago sin dejar huella detrás de sí, y cuando se ven libres de su fascinacion vuelven á amar al que amaban, preguntándose con asombro: ¿Qué ha pasado por mí? La respuesta es fácil. Una pasion.

Martin iba á salir de su escondite, pensando en los medios que emplearia para que Cristina no gritase al verle, cuando la puerta se abrió y apareció en ella D. Fernando, radiante de alegría, y diciendo:

—Cristina, Cristina, ya puedes respirar; nos hemos salvado; nuestro secreto duerme en la tumba.

Cristina al ver á su padre hizo un movimiento; se apoyó sobre el brazo derecho, recogiendo la ropa de la cama con la mano izquierda sobre su seno de nieve, y en esta postura, que la hubiese envidiado Venus en el juicio de Paris, preguntó con su voz de melodía:

—¿Qué sucede?

—D. Manuel de Arellano ha muerto, dijo D. Fernando, sentándose al lado de la cama.

—Lo esperaba, dijo tranquilamente Cristina; poseía un secreto mio, por el cual he maldito mil veces su existencia, y mis maldiciones no son nunca vanas ni estériles.

Martin atribuyó estas palabras á una vana supersticion; pero un velo de sangre cubrió sus ojos al oír á D. Fernando preguntar:

—¿Y has cuidado bien de borrar las huellas de tu venganza?

Y á Cristina responder:

—Yo no hago nunca las cosas á medias; hiero como el rayo, que nadie sabe de dónde ha salido.

La confesion de aquel crimen hecha con tanto cinismo por aquella boca de ángel, y con aquella voz dulcísima, helaba la sangre en las venas.